

siempre decepcionados. Nos falta un corazón abierto al Espíritu de Dios que nos haga conocer dónde está la fuente de vida.

Por eso, invocar al Espíritu de Dios no es una oración más. Gritar desde el fondo de nuestro ser: «Ven, Espíritu Santo», es desear vida nueva. Nuestro corazón de piedra se puede convertir en corazón de carne; nuestro vacío interior se puede llenar de Espíritu. La fiesta cristiana de Pentecostés vivida en esta actitud de invocación debería ser punto de partida de una vida renovada por el Espíritu.

El Espíritu nos transforma en ungidos, porque nos acompaña e inspira, porque nos penetra y esponja. Pidamos el Espíritu para que tome posesión de nosotros hasta que lleguemos a impregnarnos de su aliento, su savia y su misma vida.

El Espíritu nos hace enviados, no solo vive en nosotros, sino que nos empuja, dirige y dinamiza. Pidamos el Espíritu para que nos transforme en misioneros llenos de su aliento vital e irresistible.

El Espíritu nos lanza a ser evangelizadores, para llevar la Buena Noticia de que Dios nos ama, está cerca de nosotros, porque el Reino ya ha llegado. Pidamos el Espíritu para proclamar un año de gracia que no se termine nunca.

El Espíritu quiere que le sirvamos especialmente en los más pobres y necesitados, en los enfermos, en los que están solos, en los pequeños, en cuantos tienen el corazón desgarrado, a los que lloran o tiene el espíritu abatido. Pidamos el Espíritu para ser portadores de paz, acogida, ayuda y consuelo.

Vivamos gozosos por el Espíritu que tenemos y por los dones que de Él hemos recibido, y vivamos ilusionados y esperanzados por las múltiples gracias que aún tendremos que recibir.

Respondamos agradecidos a este Don, siendo pacificadores, irradiando paz, tendiendo puentes y siendo facilitadores ante los conflictos con el diálogo, la comprensión y el perdón.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS, CICLO A

Ungido, enviado, evangelizar, pobres



MONICIÓN DE ENTRADA

Nuestra vida está llena del Espíritu Santo y hoy de manera especial vamos a agradecer su presencia, pidiéndole su permanente asistencia. Y es que no hay fiesta, no hay celebración auténtica, si él no está en nosotros.

Deseémoslo con fuerza, porque

Él es un océano infinito de riquezas y bendiciones.

ACTO PENITENCIAL

Tú que envías tu Espíritu, para renovar nuestros corazones.

- Señor, ten piedad.

Tú que eres padre amoroso de los pobres.

- Cristo, ten piedad.

Tú que nos libras del pecado cuando envías aliento.

- Señor, ten piedad.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

El Espíritu es el agua viva de la que todos debemos beber. Que la Palabra se va a proclamar, sea para nosotros la savia que nos transforme en miembros activos de la Iglesia.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles 2, 1-11

Salmo 103, 1ab y 24ac. 29bc-30. 31 y 34 (R.: cf. 30)

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los corintios 12, 3b-7. 12-13

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 19-23

ORACION DE LOS FIELES

En este domingo de Pentecostés queremos sentirnos como aquel grupo de apóstoles, marcados para siempre por la luz y la fuerza del Espíritu y llenos de palabras de vida y de semillas de esperanza.

Respondamos diciendo: **Ven Espíritu Santo, entra hasta el fondo de nuestro corazón.**

- Por la Iglesia, para que el Espíritu llene los corazones de sus fieles, y encienda en ellos la llama de su amor, roguemos al Espíritu del Señor:
- Por la sociedad: para que sepamos discernir en ella los signos y presencias del Espíritu y así cultivemos y defendamos la verdadera libertad, roguemos al Espíritu del Señor:
- Por todas las asociaciones y organizaciones que trabajan por hacer posible un mundo mejor, por nuestra caritas parroquial, por sus voluntarios: para que el Espíritu les ilumine y les dé lucidez, fortaleza y perseverancia, roguemos al Espíritu del Señor:
- Por todas las víctimas de cualquier tipo de persecución, opresión, violencia e injusticia, para que el Espíritu impulse siempre personas por las que se sientan consoladas, acompañadas y defendidas, roguemos al Espíritu del Señor:
- Por toda la humanidad, para que nos hagamos conscientes de la presencia del Espíritu en todo lo creado para que respetamos la tierra, el clima y todos los vivientes, como humildes jardineros al servicio de la vida. Para que el Señor nos conceda una lluvia generosa y oportuna, roguemos al Espíritu del Señor:
- Por todos nosotros, para que sepamos escuchar al Espíritu y dejarnos llevar por Él para ser testigos y transmisores del mensaje del Evangelio, roguemos al Espíritu del Señor:

Padre, te invocamos y te presentamos nuestras peticiones con la confianza que nos da el Espíritu Santo. Que ese mismo Espíritu del Señor nos ayude a recorrer el Camino, a proclamar la Verdad y a promover la Vida. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

MENSAJE PARA ANTES DE LA COLECTA

Creemos y confiamos en el Espíritu, pero Él confía también en nosotros. Él se quiere valer de nosotros para su obra creadora y vivificante, para su acción santificadora y evangelizadora.

Cuando escuchamos, ayudamos y defendemos a los pobres y necesitados, colaboramos con el Espíritu Santo. Donde hay Espíritu hay libertad y justicia, si las favorecemos colaboramos con Él, si trabajamos contra la opresión y la injusticia somos personas «espirituales». Seamos generosos en la colecta que vamos a realizar para con ella ayudar a nuestros hermanos empobrecidos y que sea para ellos oportunidad y cauce para que puedan desarrollar su proyecto de vida.

REFLEXION

La experiencia del Espíritu fue vivida desde el origen del cristianismo como la experiencia del amor indestructible de Dios a cada uno de nosotros. Lo describe san Pablo de manera insuperable: «*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*» (Rm 5, 5). Esta es la convicción radical del creyente: Yo soy amado por Dios, no porque soy bueno, santo y sin pecado, sino porque Él es bueno, santo y me ama con amor insondable. Soy aceptado incondicionalmente. Nadie me podrá separar del amor que Dios me tiene y que se me ha revelado en Cristo.

Lo peor que le puede suceder a una persona es vivir con un corazón de piedra, reseco y endurecido, incapaz de abrirse al Espíritu Santo; un corazón cerrado al amor y la ternura, dividido y disperso, sin fuerza para unificar su ser y alimentar su vida.

Somos hombres y mujeres de hoy que creemos saber mucho de todo y no sabemos siquiera cuidar nuestro corazón. Víctimas de nuestra frivolidad, no conocemos una vida armoniosa e integrada: vivimos aburridos a fuerza de buscar diversión; siempre cambiando y siempre perseguidos por la monotonía; siempre en busca de bienestar y